

Precio de suscripción en toda España, UNA PESETA trimestre.
 Precio para vendedores, 75 céntimos la mano de 25 ejemplares.
 Número suelto, 5 céntimos; ídem atrasado, 25.
 Los anuncios á precios convencionales.

¡VERAN USTEDES!

Encargado de admitir suscripciones en Madrid, Eustasio Portillo, calle Mayor, 13.

Los anuncios se reciben en estas oficinas y en la Agencia general de Anuncios de España, Montera, 51, principal.

Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención,
 para dar la desazón á Cánovas y Pidal.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CASTELLÓ, 12, SEGUNDO IZQUIERDA.

AÑO I.

MADRID 15 DE MARZO DE 1885.

NÚM. 7.

Rogamos á nuestros correspondientes y suscritores, se fijen en la «Correspondencia administrativa» inserta en la última plana de este periódico. En dicha sección hallarán contestadas sus cartas.

Desde hoy quedan encargados por esta Administración:

De admitir suscripciones, D. Eustasio Portillo, calle Mayor, número 13, bajo.

De admitir anuncios, la Agencia del señor Martín, calle de la Montera, núm. 51, principal.

En el próximo número publicaremos una traducción de la magnífica poesía gallega de M. Curros Enríquez titulada

MIRAND' O CHAU.

SECCIÓN POLÍTICA.

¡QUÉ SUEÑOS!

¡Cuánto he soñado esta noche!
 ¡Cuánto he soñado... y qué sueños!
 Nunca he sido más feliz
 que esta noche, caballeros.
 ¡Qué persuadido soñaba
 en que yo estaba despierto
 y que todo era verdad
 palpable... en fin, que era un pueblo!..

¡Qué desengaño más triste!
 ¡Y qué triste desconsuelo
 es despertar, cuando el hombre
 deja la gloria de un sueño!..

Yo, que tal vez soy el más
 desgraciado de mi pueblo,
 y que sueño casi siempre
 la verdad por el reverso,
 quiero decir, lo contrario
 de lo que, cuando despierto,
 encuentro á mi alrededor...
 ¡Voto á Romero Robledo!
 ¿Pero en qué consistirá?...
 Francamente, no lo entiendo...

El caso es, lector, que yo
 he dormido como un leño
 esta noche, y he soñado
 más que un desgraciado hambriento.

Que, ¿qué he soñado, preguntas?
 Pues atiéndeme un momento,
 y no seas impaciente...
 ¿Quiéres oírlo en secreto?...
 ¿Qué el secreto no te importa?...
 Pues á mí me importa ménos...

Oyemé... Pues he soñado
 en España y el gobierno...

He soñado que en España
 nos estábamos muriendo
 de hambre, porque las artes,
 toda la industria y comercio
 se declaraban en quiebra,
 y que estaban casi anémicos
 todos los agricultores
 y, en fin, todos los obreños:
 qué venían terremotos
 y tempestades y truenos
 y mil plagas de langosta,
 de filoxera, de clérigos,
 de frailes, de excomuniones,
 y otros extragos sin cuento;
 y que, en fin, se convirtió,
 toda España en un infierno...

Pero ¡Oh, milagro! ¡Oh, ventura!
 de repente un mundo nuevo
 resultó de este país
 tan tradicional y viejo...

Nuevo sol por el oriente
 inundaba nuestro suelo,
 animando con sus rayos
 la libertad y el progreso:
 un nuevo ambiente más puro,
 ensanchaba nuestros pechos
 dando vida y organismo
 á los séres medio anémicos...
 en fin una España antigua
 fundida, un mundo moderno.
 Solo quedaban cenizas
 de esas iglesias y templos,
 muchas joyas, oro y plata
 y otros tesoros inmensos
 que extraídos del altar
 se fundían en dinero
 que repartían después
 entre los pobres y hambrientos.
 Después los pobres presbíteros
 se tiraban de los pelos:
 llevaba el viento sus tejas
 (quiero decir, sus sombreros):
 se ocultaban en las sombras
 tapados con sus manteos...
 ¡Pobrecitos! Daba lástima
 ver su porvenir tan negro...

Después vi á don Antonio
 que no gastaba espejuelos,
 que ni era bizco: al contrario:
 parecían dos luceros
 sus ojos; tan jovencito:
 era un mozo hecho y derecho,
 muy amable, un guapo chico,
 Presidente del Consejo
 de Ministros. Vi á Pidal
 de Ministro de Fomento,
 y gastaba un gorro frigio.
 Vi á Romero Robledo
 que no enseñaba los dientes,
 detestando el presupuesto;
 y que yo le confundí
 al principio con Frascuelo,
 por que visto por detrás
 tiene algo aire de torero.
 También vi á Cos-Gayón,
 un hacendista tan bueno...
 y á Silvela y á Quesada...
 y éste estaba discutiendo
 el modo de colocar
 las mangas en un chaleco.
 Luégo vi otros hombres públicos...

vamos, vi todo el Consejo
 tan rozagante y alegre,
 tan satisfecho y contento...
 Vi hasta cierto personaje
 que estaba entre todos estos,
 y parecía enfermizo,
 aunque le ví algo risueño...
 En fin, que todos los hombres
 de Estado, todo el gobierno
 con el pueblo confundido
 alrededor del Congreso
 estaba tan cariñoso,
 tan alegre y placentero...

¡Qué de discursos, señores!
 Y ¡qué notables proyectos!
 ¡Qué clamores y qué gritos!
 Y qué «vivas» daba el pueblo!..

Todos éramos felices,
 porque sobraba dinero...
 Todos, en fin aplaudían
 las medidas del gobierno,
 la cuestión de economías,
 porque empezó por el clero,
 que por causas poderosas
 se le suprimía el sueldo,
 porque ganaba bastante
 con bautizos, con entierros,
 con misas ó con limosnas,
 con bodas ó casamientos:
 en fin que de cualquier modo
 viven de vivos y muertos.

Y los ministros pasivos
 todos quedaban sin sueldo,
 por que no les hace falta,
 ni lo quieren por supuesto.

Los monarcas desde hoy
 regalarían al pueblo
 todo su sueldo, por que
 les sobra mucho dinero...

Y, en fin, que por este estilo
 poderosos y banqueros
 legaban también mejoras
 en beneficio del pueblo...

Las ciencias, artes é industrias,
 las fábricas y comercios
 progresaban vivamente
 con desahogo y denuedo.

No había un vago en España
 ni tan siquiera un torero:
 todos vivían felices,
 desde el rey al jornalero...

En esto me despertaron
 las voces de los chicuelos
 que gritaban: «La República
 que acaba en este momento
 de salir. A perro chico»
 es decir, á cinco céntimos...

Me levanté de mi cama
 todavía soñoliento;
 salí á la calle, compré
 diez periódicos lo menos;
 los miro con inquietud...
 y me encuentro lo primero
 sesenta y cuatro millones
 de pesetas; pero advierto
 que este pico es una suma
 que añaden al presupuesto...

Lo miré, lo remiré
 y repuse: ¿Será un sueño?

F. SALAZAR.

ELEGÍA.

(Imitación de Aguilera.)

Ya no hay en España,
ya no hay alegría;
curas de trabuco,
frailes de boina,
torpes defensores
de la apostasia,
rabiosos mestizos,
viles fusionistas
y conservadores,
y zurdos la habitan.
Todo lo que veo
mi pesar aviva
porque me recuerda
los felices días
en que con nosotros
Libertad vivía...
¡Ay! por ella siempre
creo que suspiran
los que son ahora
del Gobierno víctimas.
Si los desaciertos,
si las injusticias
ataca la prensa
con noble energía,
sueño que *ella* viene
á calmar las culpas
de este pobre pueblo
tan *rico* en desdichas;
y son las palabras
de su sombra amiga,
dulcísimo eco
de nota perdida
al fin de la alegre
dulce melodía...
La ilusión se aborrea,
huye fugitiva,
y amargos sollozos
sin cesar envían
al espacio inmenso,
las almas heridas
por la fuerte espada
de la tiranía...
¡Ya no hay en España,
ya no hay alegría!

¡Pobres labradores!...
¡Pobres periodistas!...
¡Pobres industriales
de la patria mía!...
Buscando la calma,
buscando la dicha,
consúmense lentas
vuestras tristes vidas.
En vez de reposo
encontráis fatigas;
miles de promesas
vuestro ardor reaniman,
trabajáis ansiosos
por verlas cumplidas,
y halláis á la postre
miles de perfidias.
Destierros y hambre,
bajezas indignas,
embargos y multas,
penas severísimas,
arbitrariedades,
deshonra, ruina,
son la recompensa
de vuestras vigiliass,
de vuestros sudores,
de vuestras desdichas.
¡Ay! á cuantos sitios
dirijo la vista,
hallo nobles frentes
que están abatidas;
ojos en los cuales
la fé ya no brilla
y cárdenos labios
que trémulos gritan:
—¡Ya no hay en España,
ya no hay alegría!

—
Todo es movimiento,
todo algarabía
entre los *fantoques*
que á ser algo aspiran.
Furiosos se observan,
furiosos se agitan
los partidos todos
de la monarquía...
(¿Partidos he dicho?
Léase: *partidas*).
En algunos sitios

lentos de inmundicia
donde los monárquicos
se pasan la vida,
se ven diariamente
cosas nunca vistas,
cosas que no son
para referidas
en letras de molde...

Zurdos, canovistas,
sagastinos, neos,
fracciones distintas
que forman á veces
solo una familia,
son los defensores
de la monarquía...

Y lo son también
de las injusticias,
de los atropellos,
de las villanías.
«Ambición, cinismo,»
tal es la divisa
de los *Neronejos*
de guante y levita,
de los que por una
ración de comida
venden al dios *Exito*
su honradez política,
de los miserables
que mienten y gritan...

¡Sagastinos, neos,
zurdos, canovistas...
Todo hombre honrado
que atento los mira,
parece que vé
manada infinita
de lobos hambrientos...
¡Ay, *Libertad* mía!
¡*Libertad* amada!
¡*Libertad* bendita!
si tu aquí estuvieras
como en otros días,
pronto los farsantes
desaparecerían.

¡Cómo al recordarte
crece mi fatiga!...
¡Ya no hay en España
ya no hay alegría!

T. C.

MENUDENCIAS.

EL RAPTO.

(Parodia de una dolora.)

¡Pobre virgen vascongada
de quien un neo hizo alijo!...
Oid lo que el mundo dijo
cuando supo esta tostada.

El padre: ¡Infame! Aunque huya...
La madre: ¡Ay, Virgen María!...
El raptor: ¡Gachona mía!...
Ella: Amor mio, soy tuya!

Un sacristan: ¡Ju, ju, ju!...
Un chantre: ¡Suerte de tío!
Un obispo: ¡Vaya un lío!...
Una chula: ¡Mía la muy!...

La guardia civil: No hay huella...
Los neos: Tapemos esto.
Un niño (estudiando): El sexto...
Las monjas: ¡Quién fuera ella!

Un hombre: ¡Por Barrabás!...
¡Son los curas buenos, buenos!...
Los curitas: ¡Uno menos!
Las personas: ¡Uno más!

L. M.

MILAGRO.

LA ÉPOCA.

«Vamos ahora á consignar
un detalle del naufragio
del vapor *Alfonso XII*;
un detalle inesperado
y sorprendente... La estatua
que iba en la proa del barco,
—gallarda figura de
nuestro augusto Soberano—
ha sido, hasta ahora, el único
objeto que se ha salvado.
Se desprendió de su sitio

al ocurrir el naufragio
é impulsada por las olas
al fin á tierra ha llegado.
Esto constituye un hecho
que, sin pecar de fanáticos,
debemos calificar
de prodigioso milagro.»

EL GLOBO.

«Esto se puede copiar,
pero comentarse, no.»

LA AVISPA.

«Pues tampoco lo haré yo
por lo que pueda tronar.»

EL ¡VERÁN USTEDES!

Pues á mí no se me ocurre
ni el más leve comentario...
Repetiré lo que ha dicho
el periódico monárquico:
«Esto constituye un hecho
que, sin pecar de fanáticos,
debemos calificar
de prodigioso milagro.»

El señor de Cos-Gayón
presentó los presupuestos
en los que resulta un déficit
de noventa milloncitos.
¡Oh señor de Cos-Gayón!
tiene usted mucho talento...
El país está admirado
de su numen... financiero.
Ya se ha acreditado usted
como hacendista ¿no es esto?
Pues bien: ahora sólo falta
que se vaya usted á paseo,
porque cualquier aguador
hace lo que usted ha hecho.

Pues señor, la Redacción
del periódico *La Unión*,
al Pontífice ha rogado
que le dé la bendición
y el Papa se la habrá dado...
Hé aquí una cuestión
que me tiene sin cuidado.

Son las cigarreras
unas chicas guapas
y de mucho aquel
y de mucha alma,
capaces, por un
quitame esas pajas,
de soltarle al nuncio
una bofetada.
Creyeron las chicas
que se meditaba
reemplazar sus manos
(que aunque no son blancas
son chiquirrititas)
con modernas máquinas,
y por consecuencia
cesantes dejarlas.
Una de las niñas,
delgadita y alta,
con ojos muy grandes
y tez sonrosada,
y dientes de perlas,
y labios de grana,
con su pié chiquito
como una avellana,
en el duro suelo
pegó una patada;
enarcó las cejas
y se puso en jarras,
y dijo furiosa:
—La que tenga alma
que alce el *deo*...—Y todas
los dedos alzaban.
Y añadió la *jefa*
revolucionaria:
—A los que nos quieren
quitar la *pitanza*,
debemos quitarles...
—¿El qué?...—preguntaban
con temor y pena
algunas muchachas.
Y no faltó una
que dijo azorada:
—Yo no estoy conforme
con esas palabras;
¡quitarles... quitarles!...
Y tal vez se trata
de quitarles cosas
que les hacen falta.

—¡Cállese al momento esa reaccionaria!— exclamó la jefa temblando de rabia.— ¡Váyase á la... compra la muy... timorata, y siganme todas las que tengan alma! A los que nos quieren quitar la pitanza, debemos quitarles... —¿El qué?

—¡Las entrañas! —Si no es más que eso ya estamos en marcha,— dijo una morena natural de Málaga. —¡En marcha!— gritaron todas las muchachas, y á los dos minutos se armó la jarana. Rompieron cristales, destrozaron cajas, sillas, mesas, fardos, puertas y ventanas. ¡Oh, lo que es si llegan á cojer á Cánovas!

Llegó Villaverde para apaciguarlas y recibió al punto sobre sus espaldas diez tronchos de berza y quince pedradas que le ocasionaron contusiones varias. —Así lo he leído hoy por la mañana en cuatro periódicos que me traen á casa.— —Véngase vuécencia,— dijeron dos guardias— para que le curen... —¿En dónde? ¿En la casa de socorro?

—No, que está lejos... —Vaya, pues en dónde? —Aquí, frente de la fábrica... ¡Vamos! en la Escuela de Veterinaria... Y entró Villaverde en aquella casa, y allí le curaron... lo cual no me extraña.

T. C.

¡.....!

HISTORIA VULGAR.

Juan Terrones y Pedro Sacristía son dos hombres honrados nacidos y criados bajo el ardiente sol de Andalucía.

Ambos son labradores y todas sus haciendas se reducen á unas cuantas fanegas de terreno, dos huertas que no son de las peores que hay en todo el contorno, y entre ellas, sirviéndolas de adorno, un hermoso jardín con muchas flores.

Las tierras les producen, á fuerza de muchísimos trabajos, trigo, avena y centeno en pequeñas proporciones. Las huertas dan melones —también esto lo dan las poblaciones— patatas, berzas, ajos...

Y en el jardín en grupos desiguales, abundan los rosales, las violetas, las dalias, los jazmines, los claveles... en fin, todas las flores de diversos perfumes y colores que hay en los más espléndidos jardines.

Es la amistad de Juan y Sacristía una amistad muy rancia, ¡como que son amigos de la infancia y tiene cada uno treinta años!

Solteros, sin parientes, sin vicios, sin amores, trabajan todo el día cultivando los frutos y las flores,

y logran los productos suficientes para vivir dichosos; más ¡oh rabia! en su vida común hay nubarrones en forma de cuestiones...

Juan es en religión despreocupado y Pedro es un creyente consumado; Juan piensa en lo real, y Pedro... en Bábía.

Cada vez trabajaba con más bríos el bueno de Terrones, mientras Pedro olvidando los plantíos se iba frecuentemente á los sermones. Mientras uno sudaba, el otro recitaba piadosas oraciones, y á su amigo decía: —¡Si vieras con qué fé le he suplicado á la Virgen María y á Dios, nuestro Señor y su hijo amado, nos dé buena cosecha!... ¡Vamos á hacernos ricos de esta hecha! Cabalmente aquel año mandó la virgen santa tal lluvia de granizo, que no quedó en diez leguas una planta en que no hiciese daño.

No sirvió esta lección de desengaño á Pedro Sacristía; al revés, aumentó su tontería. Cansóse Juan Terrones y ¿qué hizo? habló á su compañero de la infancia y le dijo en sustancia que estaba ya cansado de ser bueno y de labrar las tierras por sí solo, y que era lo prudente y acertado repartirse el terreno, cuidando cada cual sus posesiones ó yendo á los sermones ó haciendo lo que fuese de su agrado. Así quedó acordado y así se efectuó en el mismo día; y desde aquel instante un hondo abismo quedó abierto entre Juan y Sacristía. ¿Quién lo abrió? La conducta del segundo. ¡Siempre pasó lo mismo!... ¡Amistades... amor... todo lo enfria el viento glacial del fanatismo!

En tanto... *sin cesar navega el mundo*, como dijo un poeta muy profundo. Juan siguió trabajando desde que amanecía hasta que anochecía. Pedro siguió rezando, rezando á troche y moche, desde el amanecer hasta la noche.

La hacienda de Terrones cada vez fué en aumento; muchísimos sudores le costaba, pero al fin cosechaba todo lo necesario para el propio sustento.

Pedro con sus sermones, sus misas, su rosario, confesión, rogativas, procesiones, y otra porción de farsas religiosas, se olvidó de la huerta y los sembrados, una y otros dejando abandonados; y sólo se ocupaba en coger rosas, pensamientos, jazmines y otras flores, que llevaba en ofrenda á la milagrosísima Virgen de los Dolores.

Mas la Virgen Santísima á Pedro no le dió ni una peseta, ni siquiera un humilde panecillo...

Así es que el pobrecillo, después de derrochar toda su hacienda, quedóse más delgado que un alambre, y al fin y al cabo se murió de hambre.

Los que hayan leído con cuidado esta vulgar historia— que ruego conservéis en la memoria,— sacarán de ella lo que yo he sacado; esto es: el formal convencimiento de que no necesita el hombre honrado tener más religión que aquella que le dicta la razón. Y la razón le dice á todas horas que huya de positivas religiones, y que piense que Dios es el trabajo y el amor á los seres de la tierra... ¡Amar y trabajar!... Aquí se encierra el culto universal de lo futuro. ¡Rompeamos con añejas tradiciones! ¡Venga la luz á iluminar lo oscuro!

¡Húndase para siempre la falsía! ¡Hagamos todos lo que Juan Terrones, y todo será paz, todo alegría!

T. C.

LAMENTACIONES.

(Conclusión.)

Un hombre que tiene fueros de una majestad excelsa legada por... no sé quién: un soberano en la iglesia, que se hace tutor de un dios como de un niño de escuela, cuyos derechos defiende, creyendo que le interpreta sus actos, sus intenciones, sus juicios y aun sus ideas: un hombre que ve en un dios la infinita omnipotencia, la suprema voluntad y la sagrada pureza... Un dios que iracundo á veces nos castiga y amedrenta con enfermedades mil, con pestes, con epidemias, con horribles tempestades ó con temblores de tierra, con mortíferos milagros... ¡Calamidades inmensas! Que otras veces compasivo nos perdona, y nos recuerda su inmensa bondad, su celo, su inmensurable grandeza, ó que á veces desdenoso con nosotros nos desprecia: á veces consiente el crimen y abandona la inocencia: otras veces juez severo sin piedad falla y condena, arrojando á los impíos hasta las mismas calderas de Pedro Bolero, que arden en el centro de la tierra abrasando á los mortales por toda una vida eterna.

En fin, le pintan de un modo, y tanto me le estrépean, que no hay por donde mirarle sin que cause miedo ó pena... ¡Que Dios es omnipotente! ¿Y salen á su defensa? ¿Quién? Los apóstoles. ¿Como? con conjuros y anatemas...

¿Es ese el Dios que Jesús predicaba en las aldeas? ¿Es ésta la religión de Cristo? ¿Es ésta la iglesia? ¿Y son éstos los apóstoles que predicán y que enseñan la humildad, la caridad y el amor á la pobreza?...

Y aun dice en su extensa carta el Obispo de Plasencia, que «ese maestro infalible de la verdad, que interpreta la divina ley, que es juez de todas las controversias... etcétera... que ese anciano tan venerable se encuentra despojado inicuamente de sus Estados; se encierra en el Vaticano...» ¡Lástima!... ¡Qué decepción! ¡Qué vergüenza que habiendo un mundo ilustrado haya todavía... etcétera!...

¿Y es el Pontífice en Roma la cabeza de la iglesia que representa á Jesús, despreciando las riquezas, cuando está en un gran palacio... ¡El mejor que hay en la tierra!

¿Y es justo ese poderío, ese solio en que se ostenta, esa pompa, ese homenaje y soberana grandeza? ¿Es la herencia que Jesús legó á los papas? ¿Es esa la riqueza que el Señor conquistó sobre la tierra, predicando el evangelio, la humildad y la pobreza,

la paz y la caridad,
pidiendo de puerta en puerta?

¿Y son éstos los que creen
que Dios se irrita y condena,
cuando Jesús padeció
tanto y sufrió con paciencia
el martirio más horrendo,
perdonando las ofensas
y aun á sus propios verdugos?
¿A qué, pues, tanta anatema?

¿Qué es la religión cristiana?
¿Qué es el clero? ¿Qué es la iglesia?
¿Es una congregación
industrial, ó es una secta
de propagandistas neos
que con la fé y su bandera
explotan al hombre débil?

Comparad, pues, la cabeza
en Roma con Jesucristo,
y notad la diferencia:
Jesucristo fué un gran hombre
que vivía en la pobreza;
y un Papa es un hombre grande,
adorado, en la opulencia:
los apóstoles de Cristo
recorrian las aldeas,
predicando el Evangelio
sin cobrar una moneda;
los apóstoles del Papa
con la caridad comercian
ademas de que el Estado
los paga en buena moneda...

¡La verdad; aún hay herejes!

Y en cambio, ¿qué nos enseñan
el Papa y tantos apóstoles?
Menos que un maestro de escuela
que acaso se muere de hambre...

Y el Obispo de Plasencia
aun dice con mucho énfasis,
entre lamentos y quejas:
que «en los centros oficiales
»y en los templos de la ciencia
»sólo se enseñan errores
»que á los niños envenenan,
»á costa de tantos padres
»que así estos centros costean:
»que hay profesores impíos...»
¿Hase visto una imprudencia
mayor en todo un Obispo
con pretensión de omnisciencia
divina?.. Pues ¿qué, el Estado
no paga caro á la iglesia
sus actos de religión,
sus conjuros y anatemas?

La Universidad es templo
más solemne que la Iglesia:
es la fuente del saber,
del progreso, de la ciencia,
donde se eclipsa el error
con la verdad que se ostenta;
donde la luz natural
va descubriendo y sondea
los arcanos de las leyes
que nuestros mundos gobiernan;
donde se vé el Dios más grande,
un Dios que nadie interpreta,
un PRINCIPIO UNIVERSAL
sobre toda la existencia...
Donde, en fin, vale una toga
más que cien mitras de iglesia...

Y la iglesia ¿qué es en suma?
¿En qué consiste su ciencia?
¿Dónde están sus adelantos?
En la oscuridad inmensa,
en la fé del que no vé,
en la tímida conciencia...
Sus progresos ¡Vive Dios!
son la inquisición, la hoguera
con que abrasaban un día
los principios de la ciencia...

—Calle usted, por Dios—me dice
el Doctor—basta de arenga.
No se irrite usted.

—Con esto
he desahogado mi estrecha
conciencia: estoy más tranquilo.
—Me alegro.

—Pero quisiera
decir más.

—Basta, por Dios.

Vendré otro día.

—¡Paciencia!
—Conque aliviarse... y cuidado
con volver á leer la esquila.
—¡Mil gracias! Ya escarmenté.
—Pero me alegro de veras
de conocer los efectos
de ese carta. Si tuviera
necesidad algún día
de recetar á una enferma
ó á un enfermo alguna purga,
recomendaré unas letras
de esa carta ó pastoral
del obispo de Plasencia...

Marchó el Doctor: quedé solo:
fui á recoger la esquila
donde la había dejado,
y ¡oh desgracia! hasta la mesa
estaba desvencijada
y casi, casi deshecha.
Conque, lector, ya lo sabes;
con esa carta... ¡jojo alerta!

F. SALAZAR.

SECCIÓN LITERARIA.

EPIGRAMAS.

La niña de don Ulpiano,
delirio de su papá,
llora siempre cuando está
dando lección de piano.

Y el profesor Juan Sarmiento,
que vé que pierde un cliente,
quiere probar (y no miente)
que toca con sentimiento.

Viendo pasar á un amigo
gritóle el jocosoz Aznar:
—¿Quiere usted subir conmigo
un momento á descansar?
—Vamos, le complaceré
aunque el tiempo me es preciso...
Pero ¿dónde habita usted?
—¡Pues hombre, en el quinto piso!

SENEN ANIEVA.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

R. A.—Cádiz.—Recibida carta, libranza y sellos. Saldada cuenta al 28 Febrero.

F. P.—Zaragoza.—Recibido importe de los envíos de Febrero. Aumentado envío desde 1.º Marzo. Conformes. Remitidos ejemplares que pide.

M. F.—Lérida.—Enviadas las manos que pide. Se hará lo que desea. Queda nombrado corresponsal exclusivo de nuestro periódico en ese punto.

A. G.—Vitoria.—Se le remiten los paquetes como desea.

V. A.—Haro.—Recibidas sus cartas 3 y 5 actual. Ya habrá usted recibido ocho manos. Trabaje mucho. Tengo ganas de abrazarle. En mi poder libranza. Se aumentará envío desde este número.

A. E.—Coruña.—¡Pero hombre!... ¿Cuándo va V. á contestar y á mandar el importe de esos ciento cincuenta ejemplares de mi corazón?

C. M.—Bujalance.—Se le manda paquete desde 1.º de Marzo. Se sirven las suscripciones que ha proporcionado. Gracias.

I. I.—Bilbao.—Se le manda paquete desde el núm. 3.

H. P.—Alicante.—Idem id. id.

Suscriptores de Burgos.—Hagan el favor de recoger los recibos y abonar el importe en la librería de D. C. Avila.

M. C.—Bilbao.—Servidas las 25 suscripciones. Un millón de gracias.

A. H.—Motril.—Suscrito y pagado trimestre.

G. R.—Tarancón.—Id. id. id.

M. L.—Azagra.—Id. id. id.

E. G.—Bilbao.—Id. id. id.

D. F.—Portbou.—Suscrito.

J. del C.—Idem id.

J. P.—Sariñena.—Id. Mándelo en sellos.

R. C.—Irun.—Suscrito.

C. G.—Id.—Id.

P. A.—Id.—Id.

M. F.—Id.—Id.

A. B.—Id.—Id.

V. M.—Id.—Id.

F. R.—Id.—Id.

S. A.—Id.—Te se manda todo lo que pides. El importe en letra del Giro.

R. R.—Roda.—Suscrito y pagado trimestre.

E. M.—Pamplona.—Suscrito y pagado trimestre.

D. M.—Id.—Id. id. id.

M. de la R.—Id.—Id. id. id.

B. F.—Puente la Reina.—Id. id. id.

J. A.—Id. id. id. id.

M. S.—Barbastro.—Remitidos los 180 ejemplares. Conforme.

ANUNCIOS.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

La más superior, la más aromática y la más barata. No hay otra que la iguale en aroma fino y delicado, bondad exquisita y baratura incomparable. Compíte ventajosamente con las de más fama de Inglaterra, Francia y Alemania; con la de Violet, Farina, Agua Florida y otras extranjeras. A igualdad de tamaño que las de más renombre, es tres veces más económica, siendo entre todas ellas la que lleva la palma. Por eso está hoy de moda en la corte, y es la que hace furor entre las gentes de buen tono, apreciadoras de los perfumes finos, delicados é higiénicos y por añadidura muy económicos, cualidades que reúne la superior **Agua de colonia de Orive**. El que usa una sola vez este acreditado perfume nacional es ya cliente seguro. Tonifica y suaviza el cutis librándole de asperezas, manchas y granos. Grandes botellas, de 3, 6 y 12 reales. De venta en toda farmacia y perfumería bien surtida. Exigir la inscripción de **Farmacia de Orive, Bilbao**, en el vidrio y en la cápsula, la firma S. DE ORIVE en blanco sobre verde y oro en la gargantilla del cuello y la marca de fábrica, y así se evita la falsificación.

AGUA DE CARABAÑA,

PURGANTE, REFRESCANTE, DEPURATIVA, ANTI-BILIOSA POR EXCELENCIA.

No se parece ni puede confundirse en sus efectos y resultados con ninguna otra agua ni productos; recomendada por los profesores de medicina que la han conocido.

No irrita ni produce dolores ni molestia alguna; se obtienen rápidas curaciones en las enfermedades del estómago, intestinos, hígado, bazo, mesenterio, etc., y en todas las afecciones herpéticas y escrofulosas del interior y exterior.

Ha obtenido cuatro grandes premios. Tres Medallas de Oro. Pídase la memoria científica.

Venta en todas las buenas farmacias y droguerías de España. Por mayor, Chávarri, Atocha, 87, Madrid.

GERMINAL

HUJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS DE

EMILIO ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por seis pesetas.
Librería de *El Cosmos Editorial*, Montero, 21.

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL,
Platería de Martínez, 1.